

## AMÉRICA LATINA: ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS DE LA DÉCADA PROGRESISTA

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Con estas palabras el sempiterno Eduardo Galeano daba comienzo una sus obras más célebres, *Las venas abiertas de América Latina*. Con estas mismas palabras quería empezar también porque éstas encierran una idea fundamental para contextualizar los avances, logros, problemas y retrocesos que la década progresista latinoamericana nos ha dejado. Así, podríamos resumir: avances en lo social, estructura productiva cuasi inalterada, y necesidad de continuar la lucha.

### Cuestionamiento del neoliberalismo y socialismo del siglo XXI

Neoliberalismo es la forma en que definimos al proyecto que emprende la clase capitalista internacional en los años ochenta para recuperar la tasa de ganancia, ostensiblemente declinante desde finales de la década de los sesenta. Sin embargo, antes de ponerse en marcha en las economías centrales -donde el grado de organización obrera era generalmente mayor-, éste se aplicó en la periferia, inauguralmente en Chile a partir del golpe de 1973 al líder socialista Salvador Allende.



TINA, *There is not alternative* se convirtió en el eslogan del proyecto. No hay alternativas a la economía de mercado, a la libre circulación de capitales, a la desregulación financiera, a la privatización de los servicios públicos; el capitalismo neoliberal había triunfado y este orden social era el orden natural de las cosas. En definitiva, subirse al carro de la competitividad, los mercados y el “progreso” o desaparecer.

Con distintas intensidades y distintas etapas por países, América Latina, o, mejor dicho, las oligarquías latinoamericanas abrazaron el nuevo dogma como una madre abraza a su hijo que no ha visto en años. Los relativamente pequeños avances sociales y políticos conseguidos en las anteriores décadas simplemente constituyen, entonces, cuerpos extraños dentro del aparato del Estado, pesos muertos a extirpar antes de que el pueblo los reconociera como propios. En el neoliberalismo el Estado no desaparece, solo se reconfigura. No por casualidad son la sanidad, la educación y las pensiones públicas las principales partidas que se ven reducidas, y tampoco es por azar que el aparato represor del Estado vea incrementada su financiación.

Es en este contexto en el debemos entender la llamada década progresista latinoamericana. Algunos nombres como los de Hugo Chávez, Evo Morales o Rafael Correa... no son más que la

respuesta institucional del pueblo empobrecido y humillado a la pregunta: ¿hay alternativas? la respuesta fue positiva. Hay que recordar que el tan galardonado eslogan de *Yes, we can* del saliente presidente de los Estados Unidos, ya se utilizó años antes en las campañas progresistas de América Latina, pero claro, entendemos que no tuvo tanta repercusión porque se expresaba en castellano y quienes lo proclamaban eran políticos “populistas” y masas empobrecidas de la periferia.

El Estado, en términos generales, como sinónimo de derechos sociales vuelve a la palestra. El Estado, con todas sus limitaciones como más adelante señalaremos, regresa, y lo hace de la mano de un pueblo convencido de que la larga noche neoliberal se ha acabado. Sin duda alguna, un comienzo de década ilusionante, pero a la vez ingenuo en ocasiones, contradictorio casi siempre.

Algunos de estos proyectos fueron más allá de una retórica antineoliberal y plantearon la necesidad de construir, o al menos contribuir a la formación del socialismo del siglo XXI. Los pueblos de Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc. entendieron que -Cuba como pionero-, parafraseando a Bertolt Brecht, *estar contra el neoliberalismo sin estar contra el capitalismo, rebelarse contra la barbarie que nace de la barbarie, equivale a reclamar una parte del ternero y oponerse a sacrificarlo*. ¿Eso significa que existe, como planteaba el hijo de Vargas Llosa, la existencia de una izquierda carnívora y una vegetariana? A la luz de los acontecimientos acaecidos hasta la fecha, se podría argumentar que no. Y me explico, todo proceso político/social es necesario estudiarlo desde el siguiente prisma: QUERER-PODER-HACER. Querer, porque el primer paso para la transformación social necesita como punto de partida la voluntad política firme de cambiar el *estatus quo*. Poder, ya que de nada sirve la voluntad sin que además dispongamos de las herramientas para hacerlo. Y hacer, poner en marcha el proceso de transformación social es el último y más difícil paso. Entonces, ¿qué ha ocurrido en América Latina? Desde mi punto de vista, independientemente de la mayor o menor radicalidad inicial de los proyectos de transformación social, las herramientas políticas y económicas que otorgan los Estados (reducidos a su mínima expresión durante la etapa neoliberal y arrastrando todas las deficiencias institucionales características de países periféricos, dependientes y rentistas) a los gobiernos progresistas han sido muy limitadas -pese al boom del precio de las materias primas-, y por tanto, consiguiéndose grandes avances sociales, éstos son limitados, matizados e inevitablemente fugaces sin una fuerte presión en las calles, tanto para exigir al gobierno mayor voluntad y capacidad política, como para defender los procesos de elementos reaccionarios internos como injerencistas externos. Nadie dijo que fuera fácil.

### **América Latina como una sola trinchera**

Un día 4 de febrero de 1964, en Cuba, Fidel Castro pronunciaba uno de sus discursos más importantes y famosos en lo que se vendría a denominar la Segunda Declaración de La Habana:

*Ahora esta masa anónima, esta América de color, sombría y taciturna que canta en todo el continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir... Ahora sí la Historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre su historia... Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de doscientos millones de hermanos que padecen las mismas miserias, albergan los mismos sentimientos,*

*tienen el mismo enemigo, sueñan todos un mismo mejor destino y cuentan con la solidaridad de todos los hombres y mujeres honrados del mundo.*

A sesenta y dos años de aquel eximio discurso -recordado por el Che en su intervención de la Asamblea de las Naciones Unidas ese mismo año- pocas son las cosas que han cambiado para América Latina. Sin duda alguna, proyectos de integración regionales como el Alba, la Unasur o la Celac han constituido pasos fundamentales tanto en la construcción de una identidad latinoamericana como en la defensa de los procesos cuando éstos, en no pocas ocasiones, han sido atacados en distintas formas y en distintas intensidades. Ahora bien, ¿estos proyectos han sido suficientes para cohesionar las luchas regionales? ¿Los distintos pueblos latinoamericanos asumen como propias las luchas de sus pueblos hermanos?

Lógicamente, no existen respuestas taxativas a estas preguntas. Sin embargo, escudriñando la reciente historia latinoamericana podemos percibir distintos ejemplos que nos hacen pensar en la necesidad de avanzar hacia una mayor integración regional, no solo en términos económicos y cooperativos, sino también en aspectos sociales y políticos. ¿Socialismo del siglo XXI en un solo país? Poco probable. Si entendemos que la economía latinoamericana no es una isla en medio de la nada, sino por el contrario, está inserta de forma periférica y dependiente (salvo Brasil que muchos autores sitian en la semiperiferia) en una economía-mundo capitalista podemos llegar a comprender la imperiosa necesidad de tejer un tejido social, económico y político alternativo, diferente a la lógica de acumulación capitalista.

Sin embargo, no son pocas las ocasiones en las que los intereses nacionales han primado sobre los intereses regionales. Especialmente remarcable es el papel de Brasil en el continente, no por casualidad Ruy Mauro Marini hablaba de subimperialismo al referirse al país sudamericano (las luchas fiscales con Argentina por atraer capital extranjero solo es una pequeña muestra de ello). ¿Esto es contradictorio con hecho de hablar de la década progresista latinoamericana? Desde mi punto de vista, no. Y aunque hay una frase que por muy repetida no deja de ser cierta: tomar el gobierno no es tomar el poder, y menos aún, cuando los proyectos políticos, por desgaste, pragmatismo o electoralismo, renuncian a la radicalidad de sus proyectos originarios.



## **La colonialidad del poder y los pueblos originarios**

Año 2005, Bolivia, Evo Morales llega al gobierno tras un largo ciclo de movilizaciones obreras y campesinas. Para un pueblo acostumbrado a ver en sus dirigentes a hombres blancos, acaudalados, formados en universidades estadounidenses o europeas, la llegada de este líder aymara supone un shock para la sociedad boliviana. Para una parte, alegría y esperanza; y por otra, miedo y desprecio. A aquellos que conocen un poco la realidad latinoamericana no les descubriré nada nuevo cuando afirmo que el racismo institucionalizado en el continente ha sido la norma desde la época de la colonia. La existencia de un presidente indio, sindicalista y de izquierdas en Bolivia es algo que les ha costado mucho asumir a su oligarquía. En este sentido, si algo nos enseña la historia es que la colonialidad del poder existe y que la independencia política latinoamericana de la metrópolis europea no fue suficiente para conseguir una descolonización profunda de nuestros pueblos.

Pese a ello, los avances durante la década progresista latinoamericana han sido grandes. El reconocimiento, la defensa y la reivindicación de los pueblos originarios ha estado presente en la mayoría de estos procesos. A distintos niveles, la deuda histórica con estos colectivos, tras décadas de atropellos, exterminios y desplazamientos territoriales ha intentado ser saldada. Acceso real a mayores niveles educativos y sanitarios; recuperación y revalorización de las lenguas, tradiciones y saberes ancestrales (tan importantes en el ámbito farmacéutico, por ejemplo); la cedulación de la población originaria, la constitucionalización de sus derechos, etc. Aunque simbólico, no debemos olvidar también que en países como Venezuela o Nicaragua el 12 de octubre ha pasado a denominarse como el Día de la resistencia indígena.

No obstante, si hay algo que nunca debemos olvidar es que el capitalismo, para bien o para mal, tiende a disciplinar todas las formas de organización, y se inserta en todos los ámbitos de la sociedad y las culturas. Los pueblos indígenas no son la excepción. Es absolutamente indiscutible que los planteamientos del Sumak Kawsay, relacionados con la recuperación de los valores comunitarios, el respeto a la Pacha Mama y la idea de “Vivir Bien” serán fundamentales para imaginar un futuro postcapitalista; ahora bien, pensar que por hecho de que un colectivo de personas pertenece a un pueblo indígena defiende estos valores es simplemente absurdo y paternalista. Del mismo modo que entre la población blanca y mestiza existen clases, entre la población indígena también las hay, lógicamente, en ocasiones con intereses distintos, muchas veces antagónicos (“el dinero clarea” no es una frase poco común de escuchar en Latinoamérica). Releer al marxista peruano José Carlos Mariátegui o al vicepresidente de Bolivia, Álvaro Linera nos vendría muy bien para entender esta idea.

## **Rentismo y debilidad estructural**

Históricamente, América Latina ha sido un continente periférico, primario-exportador y dependiente de los capitales, las inversiones y las tecnologías centrales. Economías como la brasileña, la argentina o la mexicana despuntan sobre las demás, sin embargo, pese al pomposo nombre que muchas veces se les otorga de emergentes, la realidad nos demuestra que, a pesar de presentar un peso preponderante en la economía del continente, desde un enfoque de sistema-mundo, éstas siguen siendo subdesarrolladas, su papel es subordinado y sus burguesías presentan un papel subalterno respecto a las burguesías centrales, especialmente estadounidense.

Si existe un periodo en el que América Latina presentó significativos avances en términos de desarrollo, industrialización y crecimiento, eso se produjo entre 1930 y 1960. Abundantes son los trabajos que destacan el hecho de que las economías latinoamericanas, las más grandes

especialmente, lograron aplicar proyectos de industrialización por sustitución de importaciones en un marco de proteccionismo internacional y donde la Segunda Guerra Mundial ofrecía importantes nichos de negocio a las burguesías nacionales. Sin embargo, en casi ningún caso, salvo Brasil tímidamente, se pudo aplicar la segunda fase, la llamada industrialización por sustitución de exportaciones (ciertas economías asiáticas sí lo lograron, y, de hecho, fueron el germen de las principales críticas al enfoque de la dependencia), proceso consistente en desarrollar industria pesada propia no sólo para el abastecimiento nacional sino también, y especialmente, internacional. La llegada de la larga noche neoliberal al continente no sólo no ayudó a este proceso industrializador, sino que revirtió muchos de sus logros, en distintas intensidades según los países.

Desde esta visión secular es desde donde debemos valorar la década progresista latinoamericana en términos económicos y de cambio estructural. Como tal, en ningún país latinoamericano durante esta década, progresista o no, ha habido un profundo cambio estructural en términos productivos. Y sin desmerecer los importantes avances sociales que se han conseguido, todos sabemos que éstos solo se podrán mantener si la estructura económica de los países es lo suficientemente sólida para posibilitarlo. Sabiendo de antemano que ningún cambio estructural por más profundo y exitoso que sea incrementará los niveles de vida de los pueblos latinoamericanos de por sí. La lucha, la organización social y política de las bases, y la representación en las instituciones siguen siendo condiciones *sine qua non* para lograrlo.

Desde mi punto de vista, cuatro son los factores que debemos considerar en este ámbito. Primero, entre 2003 y 2013 el alto precio de las *commodities* significó una importante entrada de divisas para ciertas economías latinoamericanas como Venezuela, Ecuador o Bolivia. Hecho que lleva aparejado elementos negativos y positivos para esas economías. Negativos, ya que si no se gestionan correctamente puede reducir la competitividad del resto de exportaciones no vinculadas a las *commodities* en cuestión. Y positivas, porque a partir de estos recursos extra (previo aumento de las regalías obtenidas de las empresas transnacionales que generalmente explotan estos recursos) el Estado puede emprender importantes proyectos de desarrollo nacional, en ocasiones regionales. Segundo, el rentismo es un gran problema en algunas economías latinoamericanas, el cual se profundiza cuando la única forma de resolver (temporalmente) las importantes reivindicaciones históricas de los pueblos empobrecidos latinoamericanos pasan por aumentar las ayudas, extender los subsidios y esperar a que las rentas obtenidas fruto de los recursos naturales nacionales no caigan. Lógicamente, como antes ya se explicó, QUERER-PODER-HACER un cambio productivo estructural son cuestiones muy diferentes. Tercero, desde una perspectiva histórica, salvo en economías como la soviética, la japonesa o la china más recientemente, los procesos integrales de transformación económica requieren muchas décadas para consolidarse. Mayores inversiones públicas en infraestructura, educación, investigación y desarrollo, etc. solo muestran sus frutos tras largos años de implantación y mejora de este tipo de políticas. Así pues, una década es un tiempo muy corto para calificar como éxito o fracaso las políticas aplicadas por los gobiernos progresistas. Cuarto, ¿desarrollo, industrialización y crecimiento para qué y para quién? De nada vale el desarrollo si de él no se desprende mayores niveles de vida para el pueblo empobrecido. De nada vale la industrialización y el crecimiento si éstos no se traducen en mayores derechos para la clase obrera y los segmentos subalternos del continente. Desarrollo-industrialización-crecimiento no debe ser un fetiche o un objetivo en sí mismo sino la base sólida donde se asienten el buen vivir del pueblo.

## ¿Y ahora, qué?

América Latina es un continente que entró, o mejor dicho le obligaron a entrar en el sistema capitalista de un forma abrupta y subordinada. Alterar esa relación, y más aún hacerlo desde una perspectiva rupturista, postneoliberal y soberana, nutrida de unas luchas populares bregadas a lo largo de décadas, es un desafío enorme.



La década progresista latinoamericana ha sufrido reveses, sin duda alguna, recomposición de la derecha en ocasiones, golpes blandos y duros en otras, innumerables desaciertos internos, importantes campañas mediáticas nacionales e internacionales en contra... Sin embargo, los avances y logros sociales conseguidos en estos últimos años nos permiten vislumbrar la consolidación de un imaginario colectivo latinoamericano más crítico con sus gobernantes, sabedor de que solo el pueblo salva al pueblo. Consciente de que la falacia de que no hay alternativas es eso, una falacia. Lógicamente, la pedagogía y la comunicación han sido y serán un

poderoso instrumento. Los procesos progresistas latinoamericanos deben centrarse cada vez más en crear lógicas diferentes a la lógica de acumulación capitalista, favorecer la conformación de un pueblo más culto y mejor informado, promover valores como los de la solidaridad y el internacionalismo, en definitiva, trabajar en la construcción de una contrahegemonía.

Nunca los procesos históricos han sido lineales. Siempre ha habido parones, retrocesos, avances, caídas y recuperaciones. El proceso que nos ocupa aquí no es la excepción. Muchas son las voces que alegremente dan por finiquitado entre proceso, no son pocas las que hablan de la apertura de un nuevo periodo para América Latina, un nuevo periodo que nos recuerda siniestramente a la superada larga noche neoliberal: menos Estado (social), menos intervencionismo (mayor libertad para explotar), más apertura comercial, en definitiva, más democracia y libertad -para algunos. Antonio Gramsci decía que, *al pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*, y no se equivocaba. Los pueblos latinoamericanos no solo se están jugando su soberanía y la consolidación de sus derechos, sino también el ser ejemplo, ser el faro que alumbre un futuro de paz, justicia y dignidad. En definitiva, un futuro socialista.

Christian R. Orozco Suárez

@croschris92